

N.º 473. Región polar ártica.



1: 40 000 000
0 250 500 1000 Kil.

ÁRTIDA:

- A. Cagni, 25 Abril 1900, lat. 86° 34'.
- B. Nansen, 7 Abril 1895, lat. 86° 14'.
- C. Peary, 21 Abril 1902, lat. 84° 17' 1'.
- D. De Long, 24 Junio 1881, lat. 77° 42'.

ANTÁRTIDA:

- A. Scott, 21 Diciembre 1902, lat. 82° 17'.
- B. Weddell, 20 Febrero 1823, lat. 74° 15'.
- C. De Gerlache, 23 Marzo 1898, lat. 71° 36'.
- D. Cook, Enero 1774, lat. 71° 10'.
- E. Bruce, 13 Marzo 1904, lat. 74° 1'.
- F. De Bellingshausen, Feb. 1820, lat. unos 69°.

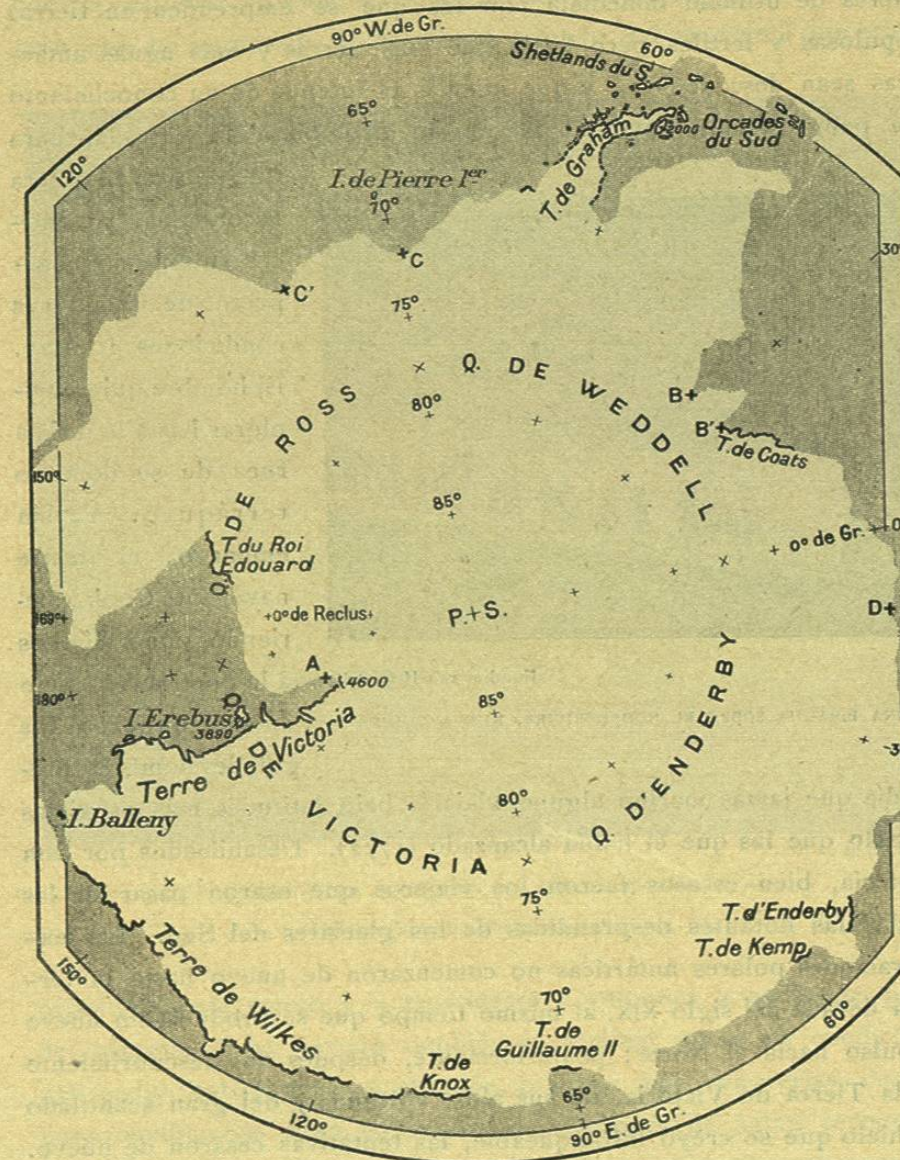
Los dos mapas n.º 473 y n.º 474 están á la misma escala.

dores es mucho más extensa, y menos claramente delimitada: puede evaluarse actualmente en 20 millones de kilómetros cuadrados, lo que representa una superficie equivalente á las dos terceras partes de Africa.

¹ Después, el 21 Abril 1906, llegó más cerca del polo, á 87° 6'.

Hay en esto algo de humillante para el genio del hombre, y la competencia que se ha establecido entre sabios belgas, ingleses, franceses, escoceses, alemanes y noruegos para forzar el paso de los

N.º 474. Región polar antártica.



bancos de hielo meridionales, prueba que el hombre ha sentido como una herida de amor propio por no haber más que tocado apenas los contornos del supuesto continente. Verdad es que los viajes de

penetración hechos en ese reino de las nieves y de los hielos, donde nadie cuenta hallar hermanos en humanidad, donde no se ha encontrado hasta ahora mamífero ni reptil — solamente pingüinos, peces y un insecto, — verdad es que esos viajes no son comparables en interés de utilidad inmediata con los que se emprenden en tierras populosas y fértiles, pero basta que esas tierras y esas aguas antárticas sean desconocidas, y que además el intento de su conocimiento sea peligrosísimo, como si la muerte prohibiera la entrada, para



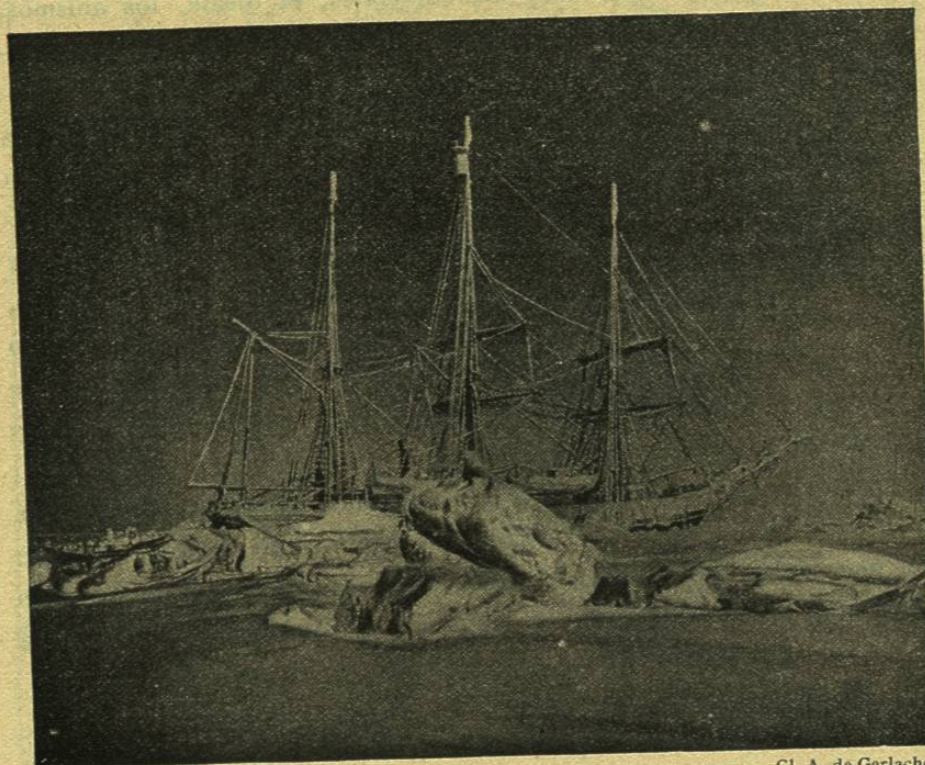
Hondius van Herwerden.

UNA PIRAGUA SOBRE EL NOORD-RIVIER, NUEVA GUINEA

que el hombre quiera recorrerlas, y conocer su forma y el aspecto de todas sus condiciones físicas. El hombre quiere explorar hasta la última roca de su dominio terráqueo. Y, sin embargo, el ilustre navegante Cook, queriendo poner límites á la posteridad, como suelen hacerlo los grandes hombres, pretendía que jamás marino alguno viajaría bajo latitudes más próximas al polo que las que él había alcanzado (1772). Desanimados por esta profecía, bien escasos fueron los viajeros que osaron pasar de las ciudadelas flotantes desprendidas de los glaciares del Sud. Las exploraciones polares antárticas no comenzaron de nuevo hasta la tercera década del siglo XIX, al mismo tiempo que se producía un nuevo impulso hacia el Norte; posteriormente, después del descubrimiento de la Tierra de Victoria, de sus altos volcanes y del gran acantilado de hielo que se creyó infranqueable, las tentativas cesaron de nuevo. Pero la voluntad humana es indomable. Los viajes polares antárticos se renovaron con el siglo XX: la primera invernada en los bancos australes se hizo con Adrián de Gerlache (estío de 1898); después los marinos de la *Discovery* osaron subir al volcán Terror

y avanzar al Sud á través de las nieves sobre las mesetas del continente de hielo (1902-1903).

Y no es la curiosidad de los contornos exteriores lo único que excita al habitante de la Tierra: quiere también penetrar bajo la corteza, estudiar su composición, estudiar su vida. La obra de reacción que ha impulsado al hombre á triunfar del espacio á que estaba



Cl. A. de Gerlache.

LA «BÉLGICA» COGIDA EN LOS HIELOS DEL ANTÁRTICO

Fotografía tomada á la luz de la luna.

primitivamente sujeto y á trasladarse á voluntad á cualquier punto del planeta, le ha llevado también á dominar todas las condiciones del medio, nativo ó de su elección, primero para conocerlas, después para modificarlas á su conveniencia. Después de haber reconocido las formas y medido las dimensiones de su vivienda, ha excavado el suelo, ha escudriñado sus cimientos, ha seguido las venas de arena, de arcilla ó de carbón, los hilos de agua ó de metal, ha comparado los terrenos entre sí, ha descubierto su edad y su rela-

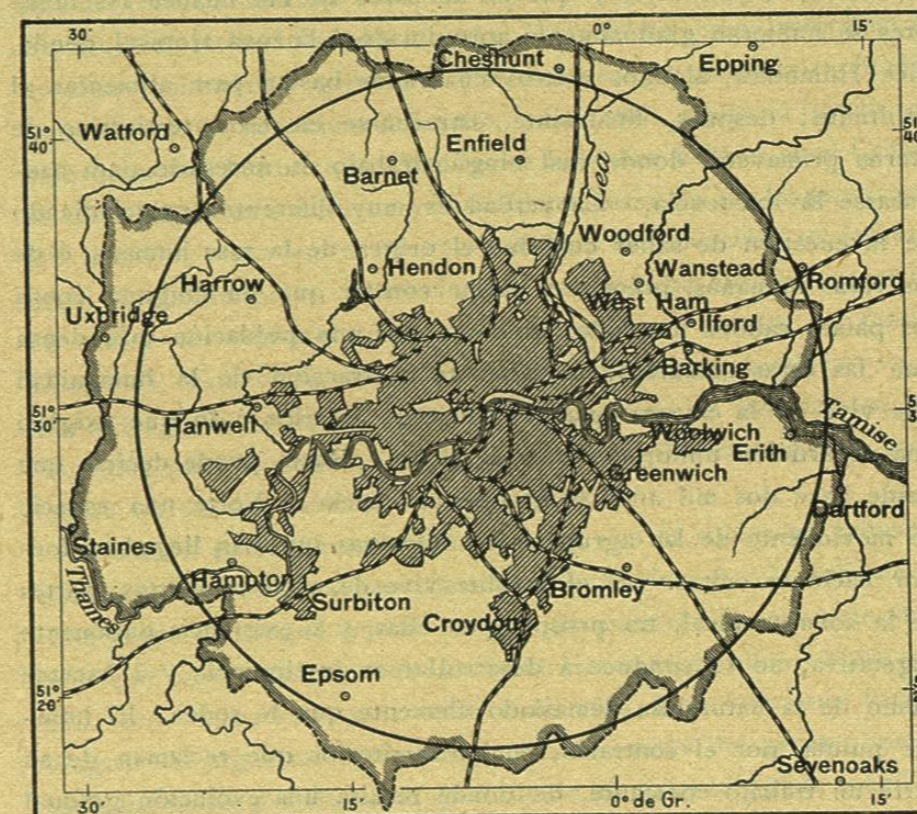
ción de sucesión: ha llegado á ser geólogo, y esos mismos mapas que ha sabido hacer para indicar las posiciones respectivas de todos los rasgos de la superficie terrestre, los ha recogido para indicar en ellas la superposición de los estratos lo mismo que su aplicación y uso en sus trabajos. Mientras que unos trabajadores exploran así la Tierra, otros recorren los ríos, los lagos y los mares: estudian su temperatura, la salinidad, las corrientes, el oleaje, los abismos, los torbellinos; señalan los peligros y descubren los medios de evitarlos. Otros exploran los golfos de fuego, las lavas y los cráteres, en tanto que otros sondean el espacio aéreo y estudian sus fenómenos hasta más allá de los confines del aire respirable á una altura tres veces superior á la de las montañas más elevadas. Después el hombre ha querido enlazar la geología con la geografía por la historia, hallar el por qué y el cómo de cada rasgo del suelo, reconstituir la evolución gradual de cada modelado y, del mismo modo que el estudiante pasa de la anatomía á la fisiología, ha de considerar el geógrafo el globo terrestre como un ser viviente cuyos órganos se modifican incesantemente.

¡Cuántas investigaciones anejas, cuántas ciencias especiales se refieren á esos órdenes primarios de estudios en el gran dominio del género humano! No por miles, sino por millones para ser justo con todos los humildes, deben contarse los colaboradores de la obra inmensa: el conocimiento y la ordenación del planeta.

Relativamente á la superficie de la tierra habitable, el número de los hombres es todavía muy pequeño, puesto que apenas excede de mil quinientos millones. Siguiendo las metáforas de los poetas, pueden compararse las generaciones humanas á las «arenas del mar» ó á las «olas del Océano», pero esas son exageraciones: en realidad, si todos los hombres se hallaran distribuídos sobre los continentes á igual distancia unos de otros, cada uno de ellos tendría por territorio particular el espacio de nueve hectáreas, ó sea 90,000 metros cuadrados, y apenas vería á 300 metros de distancia en todas direcciones á sus vecinos más próximos. Si, por el contrario, se quisiera reunir á todos los hombres en alguna gran llanura rodeada de un hermoso anfiteatro de montañas, dando á cada individuo un

metro cuadrado de espacio, es decir, mucho más que el que tienen las multitudes oprimidas en las fiestas ó en las reuniones políticas, la superficie de los terrenos ocupados por el género humano tendría

N.º 475. Londres y el género humano.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

El contorno rayado limita *London Police District*, llamado también *Greater London*, cuya superficie es de 1,787 kilómetros cuadrados y que contiene 7,113,561 habitantes (1906).
El círculo trazado alrededor de Charing Cross como centro tiene 22,800 metros de radio y 1,680,000,000 de metros cuadrados de superficie.

una extensión de 1,600 kilómetros cuadrados, ó sea la 90,000ª parte de la tierra firme. Así Londres y sus grandes suburbios bastarían para contener todos los habitantes de la Tierra¹.

¹ Bull. de la Soc. Neuchâteloise de Géographie, t. V, 1889-90, p. 122.

Pero los hombres no se concentran todos en un punto, ni se colocan como en las casillas de un tablero de ajedrez que cubriera la Tierra. Su distribución es en extremo irregular y obedece á leyes de múltiples factores. Parece que la primera condición hubiera sido procurarse el alimento, y que en el curso de las edades los hombres se hubieran gradualmente aproximado á la zona tropical, donde, dice Humboldt, algunos metros cuadrados bastan para alimentar al habitante; después, finalmente, estrechase en esos territorios de eterna primavera, donde casi ningún trabajo es necesario para asegurarse la existencia. La verdad es muy diferente: prescindiendo de la cuestión de saber cuál fué el origen de la raza humana, ó de las razas humanas, preciso es hacer constar que en ninguna época los países cálidos han sido habitados por una población más densa que las otras comarcas; actualmente la fracción de la humanidad que vive en la cintura ecuatorial es muy inferior á lo que exigiría una repartición uniforme sobre el globo. Hasta puede decirse que desde hace dos mil años se ha operado hacia el Norte una especie de movimiento de las agrupaciones humanas que han llegado á formar naciones cultas. Si el hombre vive de nada en ciertas partes de la zona tropical, no prospera en ellas, y la existencia puramente vegetativa, no le conduce á desarrollar su inteligencia y á hacerse dueño de la naturaleza demasiado clemente que le rodea. El hombre pulula, por el contrario, en los territorios que reclaman de su parte un trabajo constante, de donde resulta una evolución gradual de su ser. Salvo algunas excepciones, esas «regiones del esfuerzo» están todas situadas en la zona templada septentrional.

Resulta, pues, que, por necesidad de trabajo ó por desprecio del clima, ninguna comarca se ha hallado demasiado fría para la existencia del hombre. En la zona donde el suelo está endurecido por largos meses de invierno, el habitante primitivo encontraba medio de vida dedicándose á la pesca ó á la caza; al presente la humanidad ha sabido procurarse allí provisiones en abundancia; por el vestido, las habitaciones confortables y el combustible ha creado un medio nuevo, transportando al Norte el clima del Mediodía: careciendo de sol, ha almacenado sus fuerzas y las utiliza lejos de las comarcas donde obran naturalmente. Ya no causa admiración ver ciudades

poderosas como Petersburgo á tanta distancia del ecuador, bajo el grado 60 de latitud, muy cerca de la línea isotérmica que indica el punto del hielo para la temperatura media anual: más de un millón de personas se estrechan en aquella ciudad de fundación apenas secular, construída sobre un suelo alternativamente fangoso y helado. En Siberia muchas ciudades situadas al norte del cero isotérmico se pueblan rápidamente; grupos de habitaciones permanentes se fundan cada año en la dirección del polo. En 1890, hacia el grado 49, bajo la misma latitud que Francia, se hubieran hallado en el Canadá oriental los últimos cultivos y las últimas casas de los blancos; pero allí también, como en el mundo antiguo, la población se continúa hacia el círculo polar. Nada impide que la bahía de Hudson reciba un collar de ciudades sobre todo su contorno y que se funden comercios, sanatorios, fábricas y establecimientos científicos en el archipiélago de la Artida. El Spitzberg tiene ya sus hoteles, sus tinglados para la carga y descarga, sus principios de caminos; acaso tendrá un día su Babilonia y su Alejandría.

Estando ya la Tierra abierta á todos — á lo menos en principio, porque el hombre no se pertenece aún, — conviene á cada individuo, á cada grupo de amigos dejarse ir espontáneamente á la fuerza de atracción que tal ó cual parte de la Tierra ejerce sobre ellos. Nada sería más fácil, al parecer, que realizar el voto formulado por Ricardo Wagner de organizar una «emigración racional» del género humano hacia los países del Mediodía; pero no se ha dicho que de la movilidad actualmente adquirida por el hombre, resulta el movimiento de que habla el artista. Los individuos en buena salud se hacen un ideal conforme al clima que les ha modelado; ¡cuántas veces se ha visto un Escocés sofocarse de calor al lado de un Meridional aterido de frío! Todo lo que se puede prever es que un porvenir próximo sabrá utilizar los climas diversos del globo para hacer frente á las debilidades del organismo individual: el niño podrá ser criado al aire vivificante del Norte, el reumático podrá hallar un clima seco, el nervioso podrá residir en las cimas de las montañas, el anciano se calentará en los países del sol.

Ya proceda de cada hombre aislado ó de todo grupo humano, el deseo de cambiar de residencia, la población de la Tierra se halla